

# EL DÓLAR SE REPLIEGA

## Unas decisiones capitales del Presidente Johnson

Por **EDUARDO HARO TEGGLEN**

**U**NA gran parte de la Europa que se ve, y gran parte de la que no se ve, es obra del dólar. El dólar, ahora, se va a hacer raro, difícil; va a dejar de afluir con tanta facilidad como estaba llegando desde hace veinte años, y el miedo se apodera de algunos sectores que se han acostumbrado a vivir sobre él. Las medidas que anunció Johnson desde su rancho de Tejas el primer día del año, con una urgencia un poco inquietante —es decir, sin respetar la clásica tregua política de las fiestas, sin esperar el tradicional mensaje sobre el estado de la Unión, despachando inmediatamente enviados especiales para explicar las medidas en el extranjero—, tienen un aspecto dramático. Quizá cuando se conviertan en leyes, cuando hayan pasado por el tamiz del Congreso y por las terribles presiones de los «lobbies» se hayan dulcificado un poco. Lo que hay por el momento es la palabra del Presidente anunciando la supresión total de las inversiones directas de capital americano en Europa occidental —con la excepción de Gran Bretaña, para quien la reducción será del 65 por 100—, la reducción de los viajes turísticos de los ciudadanos de los Estados Unidos al extranjero, la reducción de préstamos bancarios a otros países y la compresión de los gastos oficiales en el exterior, en los que expresamente se incluyen los del mantenimiento de tropas en países de la OTAN. Trata así de salvar una crisis económica importante. Trata de reducir el déficit endémico de la balanza de pagos (diferencia negativa entre los ingresos y los gastos de los Estados Unidos en el exterior) que, según él, se sitúa para 1967 entre 3.500 y 4.000 millones de dólares.

Desde las películas del Oeste que se ruedan en los alrededores de Madrid hasta el funcionamiento de la coalición centro-izquierda en Italia, desde las cadenas hoteleras al «milagro alemán», desde el golpe de estado de Grecia a las concepciones publicitarias para abrir mercados de consumo, desde los complejos sistemas estratégicos y las formaciones políticas de la postguerra hasta los automóviles, todo gira en Europa en torno al dólar y su poder. Quinientos mil ciudadanos de los seis países del Mercado Común Europeo trabajan cada día en firmas americanas; representan el 1 por 100 de la población activa de dichos países, pero su valor como técnicos y especialistas es superior al de ese porcentaje. De cada cien automóviles fabricados en Europa, treinta lo son por firmas americanas. Un 12 por 100 de los relojes fabricados en Suiza son americanos. En Gran Bretaña, las empresas americanas fabrican el 75 por 100 de la producción de máquinas contables, el 75 por 100 de las máquinas de lavar, el 45 por 100 de los equipos telefónicos, el 35 por 100 de los tractores. En Francia, controlan el 95 por 100 de las máquinas electrónicas, el 70 por 100 de las máquinas de coser, el 18 por 100 de los automóviles. En Alemania, el 50 por 100 de la distribución del petróleo, el 40 por 100 de la fabricación de automóviles, el 80 por 100 de la electrónica. En torno a estos grandes intereses se mueven políticos, banqueros, periódicos. Tras las industrias, vinieron al continente otras empresas americanas que trabajan generalmente junto a ellas: los bancos, las agencias de publicidad. Hay tres agencias de publicidad americanas en Gran Bretaña, cinco en Alemania, cuatro en Italia, cuatro en Francia, tres en Holanda, tres en Suiza, tres en España, cinco en Bélgica. Las inversiones directas en Europa de capital americano fueron en 1964 de 12.000 millones de dólares; en 1965 eran de 14.000 millones de dólares (datos del Departamento de Comercio de Estados Unidos). Se entiende por inversiones directas, de capital privado, la creación

de empresas nuevas, la adquisición de partes mayoritarias, las reinversiones de beneficios y, en general, todas las formas de control único de empresas; las inversiones llamadas «de cartera» se refieren a la compra de acciones en bolsa; Johnson se ha referido exclusivamente a las inversiones directas, que son las realmente significativas e importantes: sobre los datos de 1964, a unas inversiones directas de 12.000 millones de dólares, correspondieron unas inversiones de cartera inferiores a 3.000 millones.

Esta implantación americana en Europa corresponde, históricamente, a la que Europa realizó en América durante el siglo XIX; según los economistas, la banca y las empresas privadas europeas contribuyeron entonces en un 15 por 100 al desarrollo industrial de los Estados Unidos, y ya al final de ese siglo algunas empresas americanas comenzaron a llegar a Europa, como la General Electric, la National Cash Register, la Standard Oil. Pero fueron las dos grandes guerras mundiales, de las cuales los Estados Unidos salieron prácticamente intactos mientras Europa se devastaba, las que produjeron el flujo de capitales. En 1927, Ford compró la Opel alemana, Thompson —la agencia de publicidad más importante del mundo— se instaló en Francia. En 1945, los dólares llegaron en masa. Fueron, en primer lugar, dólares militares y políticos. El último movimiento imperial británico dirigido por Churchill, cuando quiso intervenir en Grecia y Turquía para sostener a los regímenes conservadores, se quedó sin terminar porque Gran Bretaña no tenía dinero; lo continuó con éxito Truman —todavía hay en Grecia prisioneros de aquella época; el último indulto les ha excluido expresamente de toda medida de clemencia— y fundó la doctrina Truman, que se convertiría en Plan Marshall poco después. Los capitales privados no comenzaron a venir hasta más tarde, hasta que la situación les pareció segura y las rentas aceptables. Entre 1950 y 1957, los dólares invertidos en Europa se multiplicaron por tres. Entre 1957 y 1967, el capital privado invertido en Europa creció un 220 por 100 en los países de la Comunidad Europea, un 130 por 100 en Gran Bretaña, un 60 por 100 en el resto del mundo.

Esta implantación de capitales americanos en Europa ha sido acogida de modo muy diverso. Hacia el año 1945 pareció un maná para los gobernantes; si entonces resultaba para los grupos comunistas y sindicales una amenaza de expansión imperialista —y estos grupos eran los amenazados directos, puesto que el Plan Marshall y las diversas ayudas militares se hacían para contener el avance ideológico comunista y fortalecer los grupos políticos conservadores—, estos grupos tenían poca capacidad de expresión y menos de influencia en las políticas nacionales. Hoy, en cambio, produce bastantes temores. Ciertos países la acogen muy favorablemente y hasta procuran fomentarla, como Holanda o como Alemania Federal (Erichard: «Alemania renegaría de sí misma si quisiera rechazar las inversiones americanas»), mientras que otros, principalmente Francia, comenzaron a inquietarse por el peligro de una «economía dominante» dirigida desde el exterior. Las principales preocupaciones por el exceso de inversiones directas americanas en Europa comenzaron a concretarse. Los científicos han comenzado a ver que el dominio de los sectores más modernos de la producción por las empresas americanas retrasaban el avance tecnológico europeo y su capacidad inventiva; unido al «brain drain» —los técnicos europeos llevados a Estados Unidos— podían llevar al continente a un «subdesarrollo





mentales. Para los militares, el problema está en que ciertos elementos imprescindibles a la guerra moderna —como los cerebros electrónicos— están en manos de los americanos. Los sociólogos ven que la implantación de las empresas americanas no respeta los planes y los programas nacionales —implantación de industrias en regiones que necesitan mayor desarrollo, erradicación de industrias de regiones donde la mano de obra es escasa y cara, planes quinquenales o de desarrollo—; los sindicalistas ven una diferencia de nivel y de régimen laboral entre los obreros que trabajan en empresas americanas y los que trabajan en empresas nacionales; los políticos nacionalistas temen por la independencia; los capitalistas, porque sus empresas típicamente europeas dan menores rendimientos —no disponen del gran poderío que tienen las americanas, sostenidas por sus «madres» ultraatlánticas— y son cada vez menos competitivas, aunque quieran emplear métodos americanos; los economistas temen, en fin, que una crisis americana arrastre en su catástrofe toda la economía europea.

Esto último es lo que está a punto de suceder ahora. El dólar, amenazado por su propia expansión, por la guerra del Vietnam, por el mal funcionamiento del sistema monetario internacional, por la caída de la otra moneda de reserva —la libra esterlina—, por la agresión del oro lanzado al mercado, se retrae. Al establecer la primera línea de defensa, el primer daño es para Europa. Johnson no ha vacilado en sacrificar esta empresa que es Europa.

Es difícil aceptar que estas medidas tomadas ahora por el Presidente de los Estados Unidos no sean, ante todo, medidas políticas. La restauración del dólar podía haberse realizado por muchos caminos, y especialmente por uno, que es el de la terminación de la guerra del Vietnam. Las medidas de Johnson están tomadas simultáneamente con otras que suponen el aumento de la escalada bélica, de la que han sido movimientos precursores la eliminación de McNamara y de algunos otros asesores «blandos» de la Casa Blanca, y el viaje de Johnson alrededor del mundo; la guerra se amplía en estos momentos a Camboya, a Laos, a Tailandia; los bombardeos se multiplican y todo ello supone una poderosa sangría en dólares. La elección de Europa como víctima es una elección típicamente política. Muchos lo atribuyen a una forma de venganza. Europa, salvo ciertos leales de coyuntura, es discolpa para con Johnson y su política. No le ha secundado en el Vietnam, amenaza con disolver la OTAN, no realiza su Mercado Común al gusto americano, le desafía con el oro. ¿Por qué no vengarse de Europa? Ciertamente, en la mentalidad florentina de Johnson no habrá dejado de producir una sonrisa de contento esta solución, pero no creo, sin embargo, que la venganza contra Europa haya sido su mayor motivo: ni siquiera un motivo válido. Están, también, las elecciones. El valor psicológico de las medidas será muy popular: Johnson ganará puntos en los amplios sectores antieuropeos, y especialmente antifranceses. Es un factor posible. Una devaluación del dólar —que hubiese favorecido a Europa, como las devaluaciones favorecen siempre a todos los deudores— no hubiera sido bien acogida: la restricción de la salida de capitales sí lo es.

Pero el temor principal de los medios europeos más conservadores es que se trate del principio de una cierta política aislacionista. En sí, es una medida aislacionista. Depende de hasta qué punto se aplique, del tiempo que dure y de si se extiende o no a otros sectores, el que forme parte de una política general. En este sentido, el país más afectado es Alemania Fe-

deral, y la primera que expresa su horror. La definición de este horror es que los Estados Unidos hayan llegado a un acuerdo tácito o explícito con la Unión Soviética sobre esferas de influencia, y comiencen a replegarse de Europa para atender casi exclusivamente a dos zonas mundiales que les interesan primordialmente: Hispanoamérica y Asia. Johnson ha hablado claramente de la necesidad de iniciar conversaciones con sus compañeros de la OTAN para la reducción de gastos de tropas americanas, pero no ha hablado de la menor reducción en las enormes, poderosas y costosas bases asiáticas. Al contrario, el viaje que ha realizado por los países de aquella zona antes de su declaración, parece destinado a asegurarles de que todo va a seguir igual. Alemania Federal vive con la psicosis, con la preocupación enfermiza de una agresión soviética, de una consagración de la división del país en dos y de una congelación de sus fronteras actuales; de la pérdida de Berlín, convertido en ciudad neutralizada internacional. Su «política del Este», por la que ha intentado una apertura hacia los países comunistas, le ha fracasado por exceso de timidez y porque sus estructuras económicas responden al patrón americano. Al mismo tiempo, están naciendo en el interior movimientos de protesta de envergadura creciente. Por una parte, los nazis de Munich se van ampliando en círculos concéntricos, lo que ha dado lugar a fin de año a la nota soviética más dura y desagradable que Bonn haya recibido nunca; por otra, empiezan a crecer, a manifestarse, en todas las ciudades, y muy especialmente en Berlín, los movimientos juveniles de izquierda o de progreso. Tiene la sensibilidad a flor de piel. Por eso percibe antes que nadie, y lo clama antes que nadie, que este movimiento americano es un movimiento aislacionista, de separación de Europa. La frialdad y la reticencia que ha reflejado el comunicado de Bonn al terminar las entrevistas con el representante de Johnson, indican que estos temores no se han desvanecido. Si los británicos se llevan sus tropas porque no pueden gastar más —y, al mismo tiempo, parece que las van a retirar de Asia, del «Este de Suez», como dice la expresión consagrada, como si estuvieran de acuerdo con los americanos en dejarles a ellos la responsabilidad entera de aquel sector—, y si los americanos comienzan a llevarse las suyas, los gobernantes de Bonn comienzan a sentirse como desnudos, como indefensos. No es ya cuestión de sufragar los gastos del ejército de ocupación —hoy, de defensa— americano: es que los Estados Unidos necesitan esas tropas en el Vietnam...

Esta preocupación de los medios políticos conservadores se une a la de los medios capitalistas y a la de los gobiernos que han basado su existencia en el dólar. Por una parte, se teme que los Estados Unidos exporten más hacia Europa; incluso que haya medidas proteccionistas a la exportación. Por otra, que las empresas americanas sigan repatriando a los Estados Unidos sus beneficios, lo cual supondrá que al mismo tiempo que no llegan dólares nuevos, se van divisas europeas hacia Estados Unidos. En cuanto a las restricciones de turismo, pueden afectar de manera importante a países del Sur de Europa —como España, Grecia, Yugoslavia, Italia— y, desde luego, a todos los subdesarrollados. Tratar de estas repercusiones con minuciosidad es, sin embargo, prematuro. Hay que conocer las leyes que han de seguir a la declaración de Johnson para saber cuáles pueden ser las excepciones, cuáles los «agujeros». Y para saber, finalmente, si la decisión del Presidente es política o no, y si tratará de ayudar a sus amigos sin que nadie lo vea...